NOTAS

NUEVA ECONOMÍA Y PRODUCCIÓN VIRTUAL (O MI REINO POR UNA IMAGEN)

*Julián Meza**

En un curso sobre la nueva economía (que, de entrada, no tiene nada de nueva, pues presupone a los listillos que ganan más que nunca y a los tontos que pierden cada vez más), impartido por la Asociación de Periodistas en Información Económica en El Escorial, el señor José Cercós, presidente de Winthertur, afirmó, en un malogrado intento por derrochar una sabiduría desconocida entre los griegos, los enciclopedistas y los economistas ingleses del pasado:

“Con la nueva economía no sólo cambian los instrumentos de producción, sino el contenido. De fabricar cosas en el siglo XX vamos a pasar a procesar información en el siglo XXI.”

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

De esta manera el señor Cercós (que realmente nos cerca con sus palabras) hace afirmaciones que son verdaderos despropósitos, y que nos ponen al tanto de su profunda ignorancia acerca de las matemáticas más elementales, de la filosofía más obvia y grosera, de la música más vulgar y aun de la poesía que es capaz de destrozarse ese personaje que responde al pseudónimo, o al apodo de Benedetti y que no juega en la liga italiana de fútbol. Su estupidez es tan grande que hace caso omiso de la realidad, como ocurre siempre en el gremio de los entregados a la tarea de hacer de la economía una abstracción que sólo se procesa en el terreno de la teoría, de los despropósitos conceptuales, de la informática y de lo virtual. Y no resulta muy difícil demostrar tanta y tan notable estupidez. Si en el siglo XXI ya no se producirán zapatos (que

NOTAS

forman parte de las cosas) será muy difícil que los calcemos, aunque la información procesada dé cuenta de su existencia. Así, cuando caminemos descalzos por alguna parcela del globalizado planeta podremos imaginar nuestros pies acariciados por unos costosísimos bostonianos Gucci. En otras palabras, al levantarnos no podremos meter los pies en un par de cómodas pantuflas procesadas informáticamente, y cuya existencia no pondremos en duda porque están en el disco duro de una computadora. Ni Berkeley habría sido capaz de tales atropellos, y conste que era desafiante el enfático autor del mundo como mera idea.

68 No puedo aceptar la información desplegada en la página 99999 del *web*, según la cual se han producido 3333 millones de toneladas de alcachofas en Guatemala, o 5555 millones de toneladas de espárragos en Bolivia, justo en el momento en que me veo obligado a masticar un poco de pasto o de hojas de pino porque ya no se producen espárragos ni alcachofas que son, al igual que los zapatos y otros productillos por el estilo, meras y despreciables cosas y no información que es, en definitiva, lo económica y gastronómicamente correcto, aun cuando sólo sea virtual.

Es tan chato el discurso de nuestro especialista en cuestión que el porvenir es de pronóstico reservado,

en el mejor de los casos. Sólo a un seso hueco como este se le ocurre decir que el pasado es de fabricación y el porvenir de información. Me recuerda a algunas personas (¿así se dice?) cuya realidad sólo está dentro de la computadora porque el lápiz, el bolígrafo, la estilográfica, el cuaderno, el pizarrón, el gis, el ábaco y la máquina de escribir son cosas del pasado. ¡Líbrenos Dios de estos engendros con patente de corzo globalizada, que nos amenazan por todas partes, aunque son felices porque saben sin saber y se enriquecen como sin darse cuenta! ¿Hay otra manera de decirles?: te informo que eres un cretino porque ya en el imperio de Alejandro la información circulaba (escrita en papiros que eran llevados por mar y tierra a la más famosa de todas las bibliotecas) mientras que los herreros seguían produciendo flechas, escudos y lanzas, que a fin de cuentas eran más definitivos para los militares que la información (la cual no era desdeñada), al igual que hoy son más importantes los Concorde y los submarinos nucleares, aun cuando estallen, se vayan a pique o se queden varados en Gibraltar. ¡Qué latosas son estas cosas producidas por los necios humanos! En cambio, hasta resulta divertido presenciar en el cine el hundimiento del *Titanic* o cualquier otra tragedia porque es mera información que se consuma y

NOTAS

se consume desde la placidez de una cómoda butaca.

Ojalá algún día le comuniquen al experto en cuestión que su futura casa será una información procesada que no se podrá producir porque entonces sería una cosa, y por lo tanto tendrá que acostarse en una cama virtual, con una mujer imaginaria (que no deja de ser una cosa en un mundo en donde las golpizas que los machos les propinan siguen siendo globales), y sólo podrá servirse de un sexo que, precisamente por no ser real, no será ameno, dado que lo fantasmagórico jamás podrá ser comparado con lo real, aun cuando lo que se palpe parezca inaceptable, precisamente por ser tangible. Entre el sexo real y el sexo virtual no existe punto de comparación posible. El sexo real se produce. Del virtual no me imagino el resultado, si lo hay, aun cuando sea una forma de incrementar el onanismo y se pueda parecer a un orgasmo.

Según nuestros economistas de hoy, que nunca piensan (porque están incapacitados para hacerlo debido que al nacer fueron lobotomizados), el mundo de mañana clausura un ayer de griegos filosóficamente incorrectos, enciclopedistas irresponsables y economistas clásicos demasiado primitivos que perdían el tiempo hablando de la renta de la tierra, el trabajo material, el salario contante y sonan-

te y un capital que se invertía en producir esas bagatelas llamadas cosas. Por fortuna, el mundo es como es y no precisa de su concurso, aunque cada vez contribuyan más a arruinarlo con todos los medios mediáticos a su disposición, que cada vez son más.

En resumidas cuentas, prefiero una chancla real (no nobiliaria) a un zapato idealmente perfecto, informativamente procesado; pero la verdad es que en el mundo actual hay una tendencia, cada vez más arrolladora, a despreciar la producción de cosas, como si se tratara del enemigo a vencer. Ya no vivimos en esa época en donde la gente quería vivir de la renta de la tierra. Ni siquiera en aquella otra en donde se aspiraba a la mejora de las cosas producidas. Las chimeneas de las fábricas textiles son el símbolo de una historia ya clausurada. Es verdad que se siguen produciendo, sobre todo, coches y petróleo, pero hoy lo importante no es que se produzcan, sino que se especule con ellos, informativamente por supuesto. Según los gobiernos de Europa y Norteamérica el precio del petróleo sube por culpa de los jeques y sus socios latinoamericanos (excluido México, que está fuera de la OPEP por órdenes de Washington), pero en realidad el precio original del barril es irrisorio. Su costo lo incrementan el transporte (en manos de especuladores), su refinamiento (en manos de

NOTAS

otros especuladores) y el impuesto que hacen pagar a los consumidores los gobiernos occidentales que se benefician con las alzas del petróleo.

El siglo XXI (podemos corregir al experto en información económica que ignora todo acerca de la vida real, que es una mera cosa) todavía produce (¡por fortuna!), pero esencialmente especula. Muy pocos (cada vez más pocos) estudian para producir. Las mayorías (cada vez más numerosas dentro del reducido porcentaje humano que representan) estudian para especular. Si no es así, ¿para qué estudian los economistas, los financieros, los administradores de empresas, los comunicólogos, los abogados, los computólogos y los contadores? ¿Acaso para producir cosas? ¡Por supuesto que no! Producen información procesada, que no sirve de nada, excepto para arruinarle la vida a la gente que sigue produciendo cosas tales como los zapatos, los botones, los pañuelos, las camisas, los pantalones y los tacos, que si fueran virtuales nos matarían de hambre.

Tal vez el experto en información económica tenga, a fin de cuentas, razón, porque la producción de cosas es cada vez menos importante. En cambio, la producción de abstracciones es cada vez más prioritaria. Y al paso que vamos dentro de poco no tendremos para comer más que

cifras o estadísticas de billetes, petróleo, coches y diamantes. Seremos ricos sin saberlo, aunque nos perezamos al rey Midas.

¿Quién invierte en la producción de cosas? Sólo los tontos. ¿Quién invierte en los servicios? Los listillos que están dispuestos a anticipar la clausura del planeta, y no me refiero aquí a las mafias rusas, mexicanas y colombianas, sino a los recolectores de impuestos que se benefician con la producción y recolección de basura desde la atalaya de sus pupitres gubernamentales en todo el mundo.

P.S. Por supuesto que entendí lo que quería decir el Cercós en cuestión, pero no supo decirlo porque su especialidad no es la comunicación en la supuesta era de la comunicación planetaria a la que se adhiere con singular y sosa alegría. Según yo, quiso decir: hoy la comunicación es más importante para mí que la producción de cosillas, con las que se puede especular, pero no tanto como se hace con la información, sobre todo confidencial, que es la mía, gracias a los amigos del presidente, a sus familiares y a los secretarios del tesoro o del banco central, que tienen la amabilidad de comunicarse con nosotros oportunamente. Es decir, antes de la devaluación, la crisis, la recesión, la fuga de capitales o la inflación.